

Tengo el culo empapado

Estoy escribiendo esto en la estación de Atocha, en Madrid, mientras espero un tren con destino Málaga. Es un día lluvioso. Fuera huele a tierra mojada, pero aquí dentro no. Aquí no huele a nada. Me habré acostumbrado. Este lugar está repleto de gente. De fotocopias. Personas con una mochila en la espalda y una maleta en la mano, andando de un lado a otro o mirando una pantalla. Algunas portan bolsas o llevan varias mochilas, pero eso da igual. Algunas miran la pantalla de su móvil y otras la que muestra información sobre su tren, pero eso da igual.

Por supuesto, yo soy tan único como todos los demás. Cargo con una mochila, una maleta y un móvil en el que estoy escribiendo esto. Es un sitio terrible, de esos que absorben toda tu individualidad y te hace ser consciente de que eres una hormiga más, a punto de ser aplastada por el tiempo.

Al llegar a la zona de espera he buscado un asiento, pero me he percatado de que todo el mundo estaba sentado. Entonces he decidido recorrer la estación, pero he visto que todo el mundo la recorría. Me he quedado quieto, de pie, pero me he fijado en que todo el mundo lo estaba. Finalmente, he intentado sentarme en el suelo, apoyado en una pared, y esta vez, antes de darme por vencido, he visto un espacio que no estaba ocupado por personas, sino por un cubo de fregona. Dentro caían gotas de agua desde el techo, una tras otra a una frecuencia constante, con la precisión de un reloj, sin signos de que fueran a parar pronto. Me he acercado. He apartado el

cubo. Me he sentado sobre el charco. Y me he puesto a escribir.